



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

ban Auschwitz, Ravensbrück, Dachau, Maidanek, Dora. No había más pruebas de esto contra la Alemania nazi que las que hoy existen - contra la Unión Soviética; y sin embargo, era infinitamente más - fácil para un extranjero, antes de 1.939, circular a su capricho por la Alemania nazi, de lo que es posible hoy día al mismo extranjero circular por la Unión Soviética.

Esto no es más que una presunción, se nos podrá decir aún, y - hay una presunción inversa, presunción de calumnia contra la Unión Soviética; pues las naciones capitalistas, que estén empeñadas en una lucha a muerte contra la Unión Soviética, no deben, lógicamente, despreciar ninguna maniobra para desacreditar al enemigo. Ninguna de las pruebas facilitadas ha sido absolutamente convincente. Los documentos pueden ser falsos, los testimonios pueden ser comprados. Los Víctor Serge, los Buber, Neumann, los Margoline, los Elinor Lipper, pueden ser agentes provocadores. Si alguien declara que hay en la U.R.S.S. campos de trabajo forzado, o "purgas" o el control de una policía que está en todas partes, o terror, o miseria bajo cualquier forma que sea, es seguramente que ese alguien es un adversario de la Unión Soviética; y si <sup>ese</sup> alguien es un adversario de la Unión Soviética, él quiere perjudicar a la Unión Soviética; y si quiere perjudicar a la Unión Soviética, puede aportar un testimonio falso. Es un razonamiento definitivo.

Admitamos pues que los testimonios suministrados, por numerosos - que sean, por estrechamente que concuerden, no constituyen la prueba decisiva, porque en rigor puede admitirse que son los diversos elementos de una gigantesca maniobra de propaganda antisoviética.- Admitamos que nos falte todavía la prueba decisiva, la prueba irrefutable de que los campos de trabajo forzado existen, o de que no existen. ¿Qué prueba pueden darnos los evadidos del mundo soviético que sea más evidente que su propia afirmación: "Yo estaba allí. Estaba en tal provincia. Teníamos tantos gramos de pan para comer cada día. Vivíamos así. Moríamos así"? ¿Qué prueba? Ninguna. -- Ellos no pueden llevar a occidente, bajo su brazo, el presidio del que se han escapado, para mostrárnoslo. Todas las pruebas positivas que podían ser suministradas lo han sido. En cambio hay una - prueba negativa que no ha sido suministrada. Nosotros que creemos en la existencia de los presidios soviéticos, aportamos al debate las pruebas que podemos tener, es decir, las declaraciones de los que han visto y han vivido esa abominación. Es posible, que esas - pruebas sean refutables como casi todas las pruebas humanas. Pero la afirmación de que esas pruebas son falsas es, al menos, también refutable. Si los campos de trabajo forzado existen, es porque lo afirman los que, bien a pesar suyo, han estado allí para verlos. Si no existen, debe poder ser comprobado por los mismos métodos, bas-

ta ir allí a verlo.

### Nacht und nebel (1)

Ahora bien, precisamente el ir a verlo está prohibido. Es precisamente imposible que una comisión de encuesta internacional, provista de esos mapas -dudosos, hipotéticos- en los que están señalados los emplazamientos del Gulag pueda dirigirse libremente a los puntos indicados y constatar de una manera irrecusable que los Serge, los Buber-Neumann, los Margoline, los Elinor Lipper, han mentado, que allí donde nosotros suponemos que se encuentran los presidiados políticos, no hay más que apacibles campiñas, habitadas por libres aldeanos, prósperos y bien alimentados. He aquí el medio, el único medio de cerrar la boca a los calumniadores de la U.R.S.S.: la apertura de las puertas, la libre circulación de extranjeros a través de todo el territorio. Si las calumnias existen, no han podido nacer más que a consecuencia de las prohibiciones y de los misterios de que están rodeadas esas regiones inabordables. No hay más que hacer la luz.

Imaginemos por un instante que la prensa soviética publique el testimonio de un ciudadano americano, afirmando que existe sobre el territorio de los E.E.UU. centenares de obras de trabajo forzado en las que diez millones de comunistas, de "progresistas", de "traidores", de "saboteadores", de obreros perezosos y de funcionarios neg (1). Noche y niebla

ligentes, mezclados con los condenados de derecho común - los cuales, en principio, están encarcelados en todos los países del mundo - están condenados a una esclavitud sin esperanza. Me imagino que algunos centenares de periodistas, de todos los países del universo, se precipitarían a las taquillas de las compañías de aviación para dirigirse a adquirir noticias sobre el propio terreno. Si no encontrasen en los lugares indicados ni la sombra de una penitenciaría, sabría uno a qué atenerse. Si descubriesen en los campos cercados protegidos por alambradas electrificadas, por centinelas sobre torretas brigadas hirsutas de animales humanos vestidos de andrajos, los pies desnudos envueltos en trapos, ocupados en cavar la tierra o en cortar madera a treinta grados bajo cero, uno sabría también a qué atenerse. Pero si el gobierno de los Estados Unidos les negase el acceso a las regiones sospechosas o simplemente el acceso a los Estados Unidos, uno sabría igualmente a qué atenerse.

No es, uno lo reconoce, apenas admisible que todos los rumores, o todas las informaciones más precisas, concernientes a las diversas formas del Terror en la U.R.S.S. sean el producto de imaginaciones depravadas o el efecto de maniobras demoníacas de los agentes capitalistas. Lo que en rigor podría admitirse, es que las informaciones, procedentes de víctimas de la represión, sean parciales e inexactas, alteradas por el recuerdo de los sufrimientos pasados, que los rumo-

ca; la denuncia mutua erigida en deber cívico; la promiscuidad im-  
puesta como estilo de vida de todos los ciudadanos para sofocar des-  
de el comienzo toda posibilidad de conspiración; las innobles confe-  
siones públicas; los procesos políticos en los que los acusados se  
arrastran ante sus jueces y se convierten en agentes provocadores ;  
las fronteras guardadas por alambradas electrificadas, soldados ar-  
mados y perros; las deportaciones colectivas; la "reeducación"; la  
carta de trabajo que se retira a los que se han permitido no estar  
de acuerdo; la esclavitud penitenciaria impuesta a millones de hom-  
bres; la justicia facilitando al Estado lotes de condenados a guisa  
de mano de obra económica para los grandes trabajos; todo esto ro-  
dea las fronteras de la Unión Soviética y de sus estados vasallos -  
de una leyenda bastante siniestra, comparable a la leyenda de que -  
estaba rodeada la Alemania hitleriana, pero más inquietante todavía,  
menos teatral, menos ruidosa, menos declamatoria, con grandes man-  
tos de silencio arrojados sobre regiones enteras, una imposibilidad  
de saber nada con certeza, lo que deja el campo libre a las imagina-  
ciones más asustadas y más horrorizadas.

Con respecto a esta leyenda, la actitud del poder soviético y -  
de sus portavoces, permanece ambigua. Parece que los que son objeto

de ella la juzgan al mismo tiempo lisonjera e indigna, útil y perjudicial, que la combaten sin quererla destruir, que la denuncian como fruto de maniobras desleales de sus enemigos mientras que son ellos sus primeros autores. No buscamos, en efecto, por el momento, saber si esos lugares comunes grandiosos y aterradores, si ese resplandor de incendios, esos arroyos de sangre, ese carro de Juggernaut aplastando a los hombres sobre el camino de la inflexible historia, ese prestigio de una fuerza dispuesta a todo, a la que nada desvía, a la que nada tuerce, esa invitación a temblar para todos los adversarios y esa promesa de muerte que les hace, en una palabra todas las vulgaridades de la Revolución Terrible, están conformes o no con la realidad de los acontecimientos revolucionarios, tal como se han producido o pueden producirse. Lo que sí es cierto, es que los militantes de la doctrina comunista protestan contra esas imágenes cuando son utilizadas contra ellos por sus adversarios, aunque no hayan perdido ellos mismos una ocasión para crearlas, propagarlas y sostenerlas.

Si la Revolución proletaria tiene un aspecto poco tranquilizador, poco benigno, poco amistoso, aún a los ojos de muchas personas que no tienen nada que ver con los grandes consejos de administración, ni con el Jockey Club, ni con el Bottin mundano, no es, desde luego porque los prisioneros a sueldo del capitalismo han difamado a la Re

volución. Es porque la propia Revolución se ha presentado a nosotros, a nuestros padres o a nuestros abuelos, como una persona muy temible que llegaba para meter a las familias en vereda, arreglar cuentas y cortar cabezas. Los navíos rusos conquistados por los partidarios de Lenin en 1.917, fueron rebautizados con los nombres de Marat y Comuna de París, lo que significaba un deseo de ligarse a tradiciones de las cuales puede pensarse lo que se quiera, pero a las que no se puede llamar con propiedad humanitarias; y el mismo Carlos Marx, que no era un Carrier, sino un filósofo economista de gran valor, un agitador de congreso y, en su vida privada, un barbudo muy pacífico, se había tomado el trabajo de anunciar, en numerosos textos, que la conquista del poder por los proletarios sería acompañada y seguida de una gran matanza de burgueses. Los especialistas de la propaganda comunista no pueden pues, sin mala fé, indignarse por imágenes tan groseras como la del "hombre con el cuchillo entre los dientes", pues esos mismos propagandistas han cubierto con frecuencia de sarcasmos a los apóstoles de la no violencia, comenzando por Cristo y terminando por Gandí. La Revolución actúa, y quiere actuar, por la intimidación tanto como por la seducción, por la llamada a la violencia tanto como por la llamada a la solidaridad de los oprimidos, por la imagen de la agonía sangrienta de los opresores tanto como por la imagen de amaneceres felices. Yo no digo que la Revolución tenga razón. No es

éste el problema. Puede ser preciso que la Revolución deba abrirse paso por medios guerreros, brutales, implacables, y que deba glorificarse del avance de ésta vocación apocalíptica para desconcertar a sus enemigos y fomentar entre sus soldados pasiones útiles. Pero es difícil, en éstas condiciones, que sus apologistas se indignen sinceramente cuando, en buena lid, los adversarios de la Revolución tratan de explotar contra ella ese terror que ella precisamente ha tratado de difundir a su alrededor. Cuando uno se ha revestido con la piel del león, no puede asombrarse de que ~~no~~ se le trate como a una oveja. Entiéndase bien; puede ser una buena táctica representar según el momento, el león o la oveja, aplicar un terrible programa de exterminación cuando uno es el más fuerte y apelar al corazón de los sensibles cuando se es el más débil, invocar, según los momentos las consideraciones debidas al ciudadano pacífico y los sangrientos privilegios del ejecutor por una necesidad de salud pública, la defensa del orden -democrático- contra los facciosos -de derechas- y la liquidación del orden -capitalista- por el proletariado sublevado, llamar atentado contra la persona humana cuando una condena recae sobre alguien de vuestro campo, e indulgencia escandalosa cuando recae sobre alguien del campo contrario, ser, alternativamente, defensor de la paz y un combatiente heroico en el frente de la lucha de clases. Yo soy pájaro.... Yo soy ratón.

... Sí, ciertamente, todo es lo mismo en buena táctica -de buena fé es otra cosa-. Pero, en resumidas cuentas, el que ha repetido tantas veces y bajo tantas formas: "Mirad qué malvado soy" debería aceptar no ser considerado como el Cristo del perdón de las ofensas. Robespierre no se indignaba de que los David Rousset de la época afirmasen que cortaba las cabezas.

Es pues lógico, que en ciertas circunstancias y cuando se trata de conquistar determinadas adhesiones, la propaganda revolucionaria tenga interés en proclamar que todos los rumores concernientes a las purgas sangrientas, a la eliminación de los kulaks e a los campos de trabajo de la U.R.S.S., son la obra de calumniadores abominables, que en la U.R.S.S. solo algunos saboteadores y algunos traidores sufren rigores desde luego justificados, que la inmensa mayoría no conoce más que el bienestar, la libertad, la felicidad familiar y el trabajo entusiasta; pero que en otras circunstancias, cuando se trata de romper ciertas resistencias, de prometer una satisfacción a ciertos resentimientos, de endurecer la voluntad combativa de los militantes con imágenes de peligro, de lucha a mano armada, de destrucción del adversario, se recurra a la mitología terrorífica -excitadora en la misma medida que terrorífica-. La Revolución proletaria ¿será tan sangrienta como sus adversarios quieren hacer creer? Es posible. Pero son los propios revolucionarios los que han queri-

do damos de ella una imagen sangrienta. ¿No es la U.R.S.S. el país del terror. Es posible, Pero sus jefes han hecho todo lo posible para que lo creamos. La reputación que se ha dado al proletariado - revolucionario de combatiente intratable y de vencedor implacable, - proviene de sus propios doctrinarios, de sus propios portavoces, de sus propios jefes y de sus propios agentes de policía. Es la que ha querido forjar en el corazón resuelto de sus partidarios y en el corazón angustiado de sus adversarios, esa imagen en la que los presidios políticos y sus millones de trabajadores esclavos son uno de los colores dominantes.

Se conoce cual ha sido la reacción comunista a la llamada lanzada por David Rousset para el nombramiento de una comisión internacional encargada de realizar una encuesta sobre los campos soviéticos. Se ha llenado de injurias a David Rousset; se ha rechazado - a priori - la idea de una comisión de encuesta; pero se admite la existencia de los campos; se manifiesta, incluso, que su misión es la de "liberar de la opresión -capitalista- a los propios opresores"... Dicho de otra forma, de llevarles al conocimiento de la Verdad por medio de tormentos expiatorios. De esta forma, uno no reconoce abiertamente, cínicamente, la existencia de campos análogos a los campos nazis, pero tampoco se la niega. Los que hablan de los campos son - calumniadores. Pero por lo menos los campos están allí. A buen en-

do posible para su sistema de Terror, y al mismo tiempo disculpar su objeto o sembrar por lo menos la duda, cuando las naciones que son capaces de hacerle frente, se pretenda hacer de lo que es el arma del Terror un arma de lucha contra el Terror sublevando la opinión contra la inhumanidad de los presidios políticos. La existencia de los campos debe dejarse sospechar más que afirmarla y rodearlos de incógnito, no solamente porque éste incógnito permite en caso de necesidad refugiarse en la negativa pura y simple, sino porque lo incógnito es también, bien mirado, más terrible que lo conocido.

El equívoco referente a los campos es mantenido en cuanto se relaciona con su existencia -lo que permite que los defensores del régimen soviético respondan: "Usted es un calumniador, los campos no existen"-; en cuanto a su legitimidad -"Si, hay campos, pero la patria del proletariado tiene derecho a defenderse contra sus enemigos, contra los criminales, contra los agentes del extranjero...."; en cuanto a sus garantías legales de los que allí están encerrados -"No se internan a nadie en la U.R.S.S. sino en virtud de un juicio legal; no hay internamiento por una medida administrativa y cuando usted cite el artículo del código soviético que dice lo contrario usted es un falsario"-; en cuanto a las condiciones de vida de los prisioneros -"los campos rusos no tienen ningún parecido con los campos alemanes, no se muere nadie de hambre, se está bien alojado, se cobra un salario, nadie es torturado"-; en -

cuanto el número de los campos, la cifra de su población y la importancia de la organización represiva que representen -"usted miente, - no hay, ni ha habido jamás veinte millones de detenidos en los campos soviéticos"-; y, finalmente en cuanto a su propia misión: "Los campos rusos no son campos de represión, son campos de reeducación".

El contenido de la mayor parte de estas respuestas, basta para indicar que es una contradicción de los testimonios recogidos de los que han logrado salir de los campos y revelar lo que habían visto o sufrido; que dichas respuestas se contradicen parcialmente y que aparecen como posición de réplica o argumentos de recambio de acuerdo con el giro que tome la discusión o la información del adversario; y, finalmente y sobre todo, que son vehementes pero turbias, que tienden no a dilucidar de una manera decisiva e indiscutible un asunto puesto a discusión, sino más bien a mantener la incertidumbre y a conservarse en una zona mal delimitada entre el si y el no. Claro es que los defensores de una nación y de un sistema de gobierno víctimas de una acusación tan grave como la de haber restablecido la esclavitud, en las condiciones más abominables y más mortíferas, para una multitud igual a la mitad de la población de Francia, deberían haber sido los primeros en proponer la apertura de las fronteras y el arbitraje de una comisión de encuestas internacional. En el caso peor, habrían debido responder con la publicación de una documentación completa en la que-

se enumerasen los diversos campos de trabajo "correctivo" en la U.R.S.S. indicando el empleamiento, efectivos, haciendo conocer de forma precisa el tanto por ciento de mortalidad, las instalaciones sanitarias, el personal médico, las condiciones de vida, la cifra de ingresados y la de liberados y los detalles de organización interior. El establecimiento de semejante documentación, apoyada por fotografías y testimonios - había permitido, ciertamente, toda clase de imposturas, pero por lo menos hubiese llevado, principalmente para todos aquellos a quienes impresionan los documentos y las estadísticas, alguna tranquilidad. Pero está visto que no se quiere tranquilizar, que no se quiere tranquilizar, - al menos, más allá de cierto límite. Tal es la exigencia del Terror.

Yo me referiré únicamente a la última de las respuestas: "Los campos son campos de reeducación"; pues la palabra reeducación aporta al debate que tiene su importancia y que es preciso examinar más de cerca.

### ¿Reeducación o castigo?

No es que éste elemento sea nuevo. Uno no tiene que esperar a la conquista del poder en general y del poder de castigar en particular, por la Revolución marxista para atribuir a castigo una función educativa, solamente con respecto a aquellos que pudieran tener la tentación de actuar mal o de pensar mal en el futuro, y que sabrían por el ejemplo lo que les aguardaba, sino con respecto al mismo que ha sido castigado y a aquél a quien la justicia atribuye una tacha de perfeccionamiento moral.

"Quien bien te quiere te hará llorar". Si se impone el castigo al culpable es para defender el orden establecido, para otorgar una revancha a las víctimas del daño, para desalentar a los imitadores, pero también para obligar al culpable a un examen de conciencia, para instruirle sobre lo que está bien y sobre lo que está mal hecho, para imprimir la ley en su carne con el fin de que la recuerde en el futuro. Y aún para darle el beneficio de esa purificación, de esa redención por el sufrimiento y la muerte que borrarán, para su mayor bien, la falta cometida. Esto se refiere tanto al castigo infligido por el poder colectivo como al castigo que el individuo se cree con derecho a imponer a otro individuo en determinadas circunstancias; y esto es tan viejo como el castigo mismo. En la obscuridad de los orígenes de la vida social en la que todos los actos humanos, estrechamente unidos a los ritos, aparecen provistos de una significación religiosa y en la que lo sacro precede a lo profano, el castigo irradia de poderes sobrenaturales, como la persona del criminal y como el crimen mismo. Es el medio de conjurar las fuerzas terribles, divinas, que el acto prohibido ha puesto en libertad, de cerrar la brecha abierta en las defensas del universo humano, de restablecer el orden. Tiene un papel purificador: purifica a la colectividad del culpable, o al culpable de la falta, o más bien a ambos al mismo tiempo. Ahora bien, purificarse es volverse mejor. De la función religiosa del castigo a su función mo-

ral, de la purificación a la educación, no hay más distancia que la de esa desecralización de que nos hablan los sociólogos. La semántica nos proporciona todos los conocimientos precisos. Entre todas las palabras con las cuales se expresa el acto de infligir el mal a aquél que lo ha cometido, no existe, por así decirlo, ninguna que no aporte testimonio en favor del papel purificador o educador del castigo. Castigar mismo: castigar es purificar. Uno purifica su lenguaje, como uno castiga al criminal. La madre que se aproxima a su hijo para corregirle le dice: "Voy a enseñarte a...". El castigo, pues, enseña algo al culpable. He escrito la palabra corregir. Corregir, es volver al camino recto,.... es, como diría un marxista, volver a la línea. El castigo es, desde luego, el dolor impuesto, pero el dolor es impuesto para traer al culpable a la penitencia, y la penitencia, es decir, la condenación del acto por el mismo que lo ha cometido, supone la justa consideración de lo que es bueno y de lo que es malo, es decir, la sumisión clara a los preceptos de la moral reinante. Castigar es abrir los ojos de aquél a quien se castiga. El culpable, al término de su pena si su pena tiene un término, o en el momento de su muerte, supone estar en posesión de la verdad. Desde este punto de vista, la palabra reeducación no introduce en forma alguna en la noción del castigo tradicional, el maravilloso progreso al que se querría -sin convicción extrema por otra parte- invitarnos a creer. Como tampoco la expresión: "Campo de trabajo -

correctivo". "Va a recibir una corrección", dice el defensor que trata de proceder a un arreglo de cuentas contra su enemigo, y aplicada la corrección, agrega: "El ha comprendido". Comprender y recibir patetazos en la cara, o dos o tres balas en la piel es, en el lenguaje del medio, sinónimo de reeducación. En efecto, hace ya mucho tiempo - que los establecimientos en los que una sociedad encierra a aquéllos que se le han rebelado, con el fin de impedir que sigan perjudicándola y el de llevarlos al respeto de sus leyes, o de sus verdades, llevan nombres que implican una función reeducadora: Casas de corrección, reparatorias, de educación vigilada, colonia penitenciaria, esos diversos eufemismos tan equivalentes en rigor, y el cuidado que testimonian de apartar la atención del carácter afflictivo o inhumano de la pena impuesta para seducir con el provecho que deben sacar los interesados de una permanencia en lugares, en resumidas cuentas, benéficos, manifiesta únicamente una mala conciencia, una muy antigua mala conciencia de los hombres en cuanto al derecho de castigar. Mala conciencia - que se vislumbra ya en sociedades muy primitivas, en las que el criminal goza de un carácter sagrado, en virtud del cual su propio delito recae sobre aquel que le hiere. Mala conciencia que se manifiesta igualmente en el descrédito que alcanzan, en las sociedades modernas, el verdugo, el carcelero, el cabo de varas.

La filosofía revolucionaria, tiene, ciertamente, demasiada necesi-

dad de matar o de encarcelar a sus adversarios para no haber buscado el medio de rehabilitar misiones que élla tiene precisión de confiar a sus militantes, y que, al no poder ser reservadas a los profesionales tienen que convertirse en honorables. Tiene que ocuparse, pues, de sustituir el antiguo vocabulario de la represión por uno nuevo que en alguna forma pueda negar al adversario la calidad humana, el alma, que el antiguo vocabulario de la penitencia y de "elevación moral" implicaba al menos por hipocresía y subterfugio. Según este vocabulario, - el hombre al que se trata de castigar no es mas que un "animal dañino", una "víbora lujuriosa", un "detritus humano", un "elemento insociable sin recuperación", a decir verdad, un objeto molesto y peligroso, al que se trata de aniquilar, de liquidar mediante una operación de higiene social análoga a la desnatización o a la lucha contra el -  
dorífero. La represión política se encuentra así ennoblecida por un carácter de modernidad; adquiere en sus justificación un carácter "científico" -y es conocido el cuidado que pone la revolución en apropiarse de la ciencia", sin perder sin embargo, en cuanto a los móviles no confesados a los cuales apela, la virtud fascinadora que conserva por sus profundas relaciones con el horror sagrado de las antiguas purificaciones religiosas y el sadismo de sacrificio -la Revolución juega siempre a los dos paños-. Este nuevo lenguaje contribuye a dar a la Revolución equipos de represión, convencidos de que nehacen

mas que participar, con el mismo título que los demás militantes, en la conquista progresiva de lo no humano por lo humano que es la misión propia revolucionaria...estando, por definición, comprendidos en lo no humano los adversarios de la Revolución. Así los verdugos pueden tener lo que no tenían en las sociedades precedentes, y la sociedad puede tener, en lo que se relaciona con sus verdugos, lo que no tenía anteriormente: la buena conciencia absoluta.

### Uno es serio

¿Hay en el uso que hacen las sociedades modernas totalitarias de la idea de la reeducación en su derecho represivo una ironía, una burla de sus víctimas?. Se puede suponer esto en lo que se refiere a las palabras: "Elevación por el trabajo" u otras palabras análogas, que la policía nacional-socialista inscribía en el frontispicio de sus campos de hambre, de desesperación y de agonía. Había sin duda en la megalomanía de ciertos señores y en la de sus subalternos del III Reich, un nietzschismo degradado, la nostalgia de no se sabe qué mixtificación alegre en medio de la tragedia. El peor de los verdugos es el verdugo culto, o que se cree que lo es, pero la cultura científica tiene probablemente el poder de luchar en ese dominio con armas iguales a las de la cultura literaria. No parece sino que haya señalado en forma precisa una de las diferencias más importantes que separan, a pesar de tantas analogías, al régimen nacional-socialista

del régimen soviético. El primero tenía un color estético, el segundo un color científico. El primero reivindicaba como sus orígenes a Nietzsche, Wagner, Gobineau, el tesoro de las viejas leyendas germánicas; - el segundo reivindicaba los economistas, los estadísticos, los hombres de utilidad. De donde se deduce que los hombres del III Reich fueron en un grado más elevado que los de la Revolución comunista comediantes espectadores complacientes del espectáculo que ellos mismos dieron al mundo. Había entre ellos narcisismo: Qualis artifex...., mientras que en el hombre soviético los profundos impulsos mortíferos puestos en juego para la destrucción del adversario se manifiestan públicamente no bajo la forma de conciencia estética, sino bajo la forma de conciencia obrera. Toda embriaguez dionisiaca de los amos, todo pensamiento de diversión señorial a costa de los vencidos están si no ausentes, por los menos censurados en la ética comunista de la represión. No hay pues en el empleo del vocabulario de la "reeducación", hecho por los responsables del sistema penitenciario soviético nada de las intenciones parodistas, nada del humor sarcástico, que podía imaginarse entre los jefes de la organización de los campos nacional-socialistas. Los comunistas son gente seria que piensa en lo útil, no en jugar....y es en efecto útil recuperar bajo la forma de trabajo gratuito la materia humana de la oposición o insociable, de neutralizarla transformándola de libertad hostil y amenazadora en trabajo servil en los cuales, por

sas y minas, de hacerla pasar del signo negativo al signo positivo. - Desde este punto de vista, el esfuerzo para justificar el sistema por la "reeducación" no puede tener otra significación que el de una concesión táctica a los antiguos sistemas de valores morales que implicaba, más o menos hipócritamente, una preocupación por el "alma" de los condenados, considerados en principio como hombres y no como animales dañinos y como susceptibles de mejoramiento moral. A lo más, la reeducación soviética, objetivamente, podría tener el sentido de una doma, de una doma por el trabajo y el sufrimiento, para la docilidad social. Así es que, lejos de constituir una maravillosa aportación de la sociedad colectivista al mundo penitenciario, la "reeducación" soviética nos parece, por el contrario, un depósito residual de la antigua moral en la moral nueva, una herencia de civilizaciones de forma espiritual para las cuales -el lenguaje mismo, como hemos visto, lo demuestra- es el interés del culpable y no el de la colectividad, el que constituye la justificación del castigo, o al menos su coartada. Es allí, donde la colectividad de los hombres en marcha hacia el futuro, y no cada individuo, ofrece la realidad inestimable e irremplazable, que constituye la palabra de los valores, en donde la palabra -reeducación no puede tener otro sentido que el de recuperación de los elementos sociales extraviados. La moral social comunista considerada

en su acepción no significa el advenimiento de la noción de reeducación en el derecho penal, sino, por el contrario, el crepúsculo de esta noción -a decir verdad, casi siempre mixtificadora- y su páfima desaparición.

Por tanto,....

Así es, al menos, como la cosa debe pareceros en principio. Pero en la realidad no es tan sencillo. Los hechos sociales, que está a la orden del día, resisten a la reducción análítica, escapan a todo esfuerzo de definición inequívoca. Todos se presentan ante nosotros como complejos multivalentes, en los que ciertos elementos determinantes se inscriben en el contexto, en el margen. Si se recuerda cuales eran las fuerzas expansivas de los apetitos originales de violencia y muerte -estrechamente ligadas a los sentimientos primordiales de lo sagrado- a las que la Revolución encauza para arrojarlas contra el orden que quiere destruir y en las que se opoya para avanzar, se admitirá sin esfuerzo que, al mismo tiempo que da a la idea de reeducación el nuevo sentido -enteramente racional e instrumental que acabo de definir- permanece tributaria de la más antigua noción de la culpabilidad, de la inmemorial creencia en la virtud purificadora y expiatoria del castigo. No olvidemos nunca que su doctrina, al mismo tiempo que se presenta como ciencia y aporte a la destrucción del adversario justificaciones sacadas de la ciencia, se revela también como fé, como servidora de un Sa-

grado del que irradian todos los prestigios del Terror. En el empleo que hace de la idea de la reeducación en materia penal, hay pues mucha usurpación maquiavélica del postulado de toda moral espiritualista -el culpable debe ser llevado por una dirección moral rigurosa al conocimiento del bien-, hay mucha idea científica de la recuperación de un material humano parasitario o perjudicial, pero hay también la afirmación implícitamente contenida en todo fanatismo dogmático: el que no cree lo que nosotros creemos es un culpable al que solo la expiación puede lavar de su mancha y, mas aún, un hereje, a quien la conversión debe ser impuesta por todos los medios. Es la definición misma del fanatismo, la de negar toda libertad para el adversario. El adversario es un ser al que no hay que reconocer la libertad, porque está privado de la libertad, porque es prisionero del error, porque es un pobre de espíritu, un retrasado mental al que la verdad debe ser impuesta por la fuerza por la razón de que es incapaz de escoger por sí mismo. La Revolución, depositaria de la verdad, tiene el derecho de imponer esta verdad a los que están presos del engaño por las vías de la violencia, como tiene el derecho de imponer a los niños -prisioneros del error de su propia ignorancia o del error de sus padres, esa verdad.

### Los niños grises

Es a propósito de los niños cuando acontecimientos todavía recién-

tes han mostrado como la acción revolucionaria puede unir el desencadenamiento anárquico del furor bélico elemental y un plan deliberado, la satisfacción de dañar al enemigo y la justificación ética, el Terror - bajo su aspecto más espantoso y la "reeducación" con todo lo que esta palabra tiene de significado benévolo y tranquilizador. Quiero hablar del rapto de niños en la Grecia del Norte por las guerrillas comunistas.

La tentativa de revolución en Grecia, ha sido señalada, exactamente como la guerra civil española y como todas las guerras civiles, por crueldades innumerables, que la ley de Talión y la venganza ha contribuido a aumentar. Pero, entre esas crueldades, dos acciones de conjunto se distinguen por su carácter coherente y sistemático. Es, en primer lugar, el origen mismo de la guerra civil, el "San Bartolomé" ateniense: la degollación por sorpresa, en las primeras horas de levantamiento comunista que no fué sofocado en Atenas mas que por la pronta intervención inglesa, de varias decenas de millares de ciudadanos no comunistas. No sé si puede concederse un crédito absoluto a la cifra de cincuenta mil muertos fijada para esta matanza. Lo que si es cierto, es que se trata de una acción terrorista de especie ya conocida, que no se distingue de otras mas que por su carácter súbito, su amplitud y su paroxismo sanguinario. Pero me detendré en ello. El rapto de niños en la Grecia septentrional, en el periodo en que los guerrilleros comunistas entraron en campaña en las cercanías de las fronteras albanesa, yugoslava y

búlgara contra el ejército regular griego, constituye un fenómeno mucho más interesante.

Ya se sabe lo ocurrido. Los guerrilleros atacaban por sorpresa un pueblo, una aldea, desprovista de guarnición, o mal defendido, apoderándose de él y reinaban durante una hora o durante unos días, ejecutando como es natural a sus adversarios políticos con el margen de error habitual en esta clase de operaciones. Practicaban algunas requisas. Movilizaban para llevarse los con ellos a los hombres en edad de empuñar las armas; después se distribuían por sus guaridas montañosas o por sus bases de operaciones más allá de las fronteras, arrastrando cierto número de mujeres y de muchachas para solaz del guerrero... también se llevaban niños.

Los cadáveres de algunos de estos niños eran encontrados inmediatamente sobre los senderos de la montaña. Pero parece que las ejecuciones no eran obra más que de caprichos individuales sin significación particular. No formaba parte del plan, a no ser que se tratase de demostrar con algunos ejemplos que no era cosa de broma, sino que el asunto era verdaderamente serio. Es más probable que algunos de estos niños se mostrasen revoltosos, gritasen demasiado fuerte o simplemente que fuesen hijos de personas a las que se tenía intención de causar verdadero sentimiento. En su mayoría los niños no eran asesinados. Eran trasladados fuera de Grecia, sobre el territorio de las de-

mocracias populares en el que los Andartes tenían sus arsenales y refugios. Algunas decenas han sido devueltos por Yugoslavia a finales de 1.950. La cifra de los que faltan es de 28.000. Algunos viajeros nos han descrito el espectáculo de esos pueblos de la Grecia del norte a los que la paz ha vuelto, pero donde la guerra, que destruye normalmente con preferencia a la población adulta masculina, ha suprimido la infancia, no hay chiquillos en la calle; donde no hay ninguna muchacha. Los Andartes, los soldados armados de la Revolución progresista, se han llevado el porvenir con ellos. Porque estimaban que el porvenir les pertenecía. Porque estimaban que la Revolución tenía sobre los niños un derecho de propiedad. Es más, que tenía una responsabilidad y un deber de tutela; el deber de arrancarlos de un régimen reaccionario de familias entregadas a la superstición religiosa, a las tradiciones obtusas de un pueblo atrasado, a la servidumbre, a la ignorancia, a las tinieblas.

Es preciso decir que, con arreglo a las perspectivas de la lógica dogmática, no hay nada que oponer a esto. Los raptos de niños disponen de una justificación inatacable. Si la creencia marxista es el compendio de la verdad, todas las demás creencias son erróneas, y todas las dudas respecto a la doctrina marxista, son también erróneas. Es necesario extirpar el error, destruir el error. Es preciso proteger a los hombres del error. Allí donde se puede, se reduce al silencio a

los hombres que propagan el error, se les mata o bien se les envía — allí donde estarán sujetos a la disciplina, a los sufrimientos y a los trabajos de la "reeducación". Pero llega el momento en que se tiene — que ceder terreno y abandonar pueblos y aldeas ante fuerzas superiores. En caso de peligro de inundación, de naufragio, de incendio ¿a quienes se salva primero? A los niños. Ante el peligro de las perversas ideas que llegan con el asalto de los batallones del gobierno reaccionario — se hace lo que se haría en caso de inundación, de naufragio o de incendio. Se pone al abrigo el precioso capital de la esperanza. Se traslada a los niños. Pero entiéndase bien, sin que los padres estén de acuerdo. Claro es que el hecho de que no estén de acuerdo, es precisamente la prueba de que permanecen esclavos del error, de que permanecen ciegos a la verdadera doctrina y de que los niños están en peligro entre sus manos. Si los padres no supieran que la salvación estaba en las — lanchas y que los que permanezcan sobre el navío que se hunde están — condenados a muerte, no se dejaría que se quedasen con sus hijos en el momento del naufragio. Se los arrancarían a la fuerza. Los padres — griegos no sabían que el comunismo es la vida, que todo lo que no es — comunismo es la muerte, que es preciso salvar a sus hijos de lo que no es comunismo y, en primer lugar, de sus propios padres, porque los padres instruyen a los hijos en sus mismos errores. Pero entiéndase bien, los niños no están de acuerdo tampoco. Pero es bien sabido que los ni-

fios son incapaces de discernir en todos los casos su verdadero interés; en todos los casos ~~ya salvados~~ y sobre todo en aquel en que son educados por padres no comunistas, es decir, en el error. Se traslada pues a los niños a la fuerza. Lo verdaderamente importante es salvarlos ¿no es cierto?. Conducirlos al sitio donde estarán al abrigo de gérmenes perniciosos. Allí donde podrán, bajo la dirección de brillantes maestros, llegar a ser buenos comunistas. Por estas mismas razones las democracias populares no están en la obligación de entregar esos niños salvados a sus países y a sus familias, aún en el caso en que las hostilidades estén suspendidas provisionalmente. Se les ha arrancado del imperio del Mal. No se les va a entregar al Mal. Se tienen deberes para con ellos.

### Una prueba de amor

Quedan las desdichadas excepciones de las que ya he hablado, queda el que alguno de esos niños haya podido ser, en efecto, muerto o mutilado, como aseguran esos padres que pretenden haber encontrado los cadáveres en la montaña. Pero aún suponiendo que sea verdad, es de creer que los padres que dicen ésto no sean solamente agentes de la propaganda anticomunista, y aún así, puede no tratarse más que de esos desgraciados accidentes que sobrevienen en todas las guerras. Un ejército, aún siendo comunista, no está compuesto únicamente de santos. La respuesta es la misma en cuanto a esas muchachas, a veces de-

masiado jóvenes, que han servido para amenizar los momentos de descanso. La guerra es la guerra. Ellas hubiesen corrido los mismos riesgos con la llegada de los soldados fascistas. Poniéndose en el peor de los casos, han perdido su virginidad pero han sido preservadas para siempre de las perniciosas influencias ideológicas que se ejercían sobre ellas. El ultraje hecho a sus cuerpos es bien poca cosa, si su espíritu ha sido salvado. Lo curioso de todo el asunto, es que los soldados del General Markos, cuando transportaban por senderos de cabra del Epiro a los niños prisioneros, no pensaban seguramente: "Vosotros pagad por los demás, semilla de fascistas", sino algo como esto: "Pobres niños, vuestra desgracia ha terminado, ya estais en buenas manos".

Se ve que esos dos aspectos de la acción revolucionaria que son la institución del trabajo "correctivo" y el rapto de niños, se iluminan mutuamente con una luz significativa, que es la del fanatismo. El fanatismo trata a los hombres como niños -se considera con derecho a disponer de ellos para hacerles llegar a la verdad por una enseñanza obligatoria- y a los niños como hombres -el código soviético fija en 12 años el límite de la responsabilidad penal; nunca es demasiado pronto para hacer el bien-. La única diferencia, en la masa de los seres humanos -en estado de minoría intelectual, es que los niños llevan en sí mismos una mayor promesa de porvenir, y que a ese título se les fija la prefe

encia, en materia de reeducación, cuando la elección es necesaria. Lo que nos interesa aquí es que, desde el momento en que hemos penetrado en ese universo de la convicción absoluta que es el universo revolucionario, la distancia que separa lo exterior de lo interior de un acto, su carácter objetivo y su carácter subjetivo, llega a ser tan grande como la distancia que separa a dos mundos. El acto más estricto en su realidad, y en sus consecuencias, puede ser justificado ante la conciencia del que lo ha realizado, por la pureza de sus intenciones, por un mayor amor a los hombres, o por una gran caridad. Lo mismo que los que arrancaban a sus padres los niños griegos, podrían en última instancia, considerar su acto a la luz de la buena conciencia, no solamente como un acto útil a la Revolución -a la que se entregaban futuros soldados- sino como un acto de verdadera humanidad, como un salvamento, del mismo modo que los presidios polares, en los que millones de esclavos pagan con sufrimientos horribles, de una interminable y sordida agonía el crimen de haber dudado de las verdades del Dogma, o de no haber combatido por ellas con bastante celo, pueden, en última instancia, ser considerados no solo como una institución bienhechora, que protege al régimen contra sus enemigos y fuerza a esos mismos enemigos a sostener el régimen con su trabajo, preserva a las personas honradas de la contaminación del mal y atemoriza con su duro ejemplo a los que estuviesen tentados de ceder.... sino también

por la mayor prueba de afecto que los que poseen la Verdad pueden dar a los que la niegan. Redención. No olvidemos que en ciertos casos, - los atormentadores de la Inquisición negaban al acusado, porque lo - consideraban demasiado endurecido, la "ayuda" de la tortura. En la - perspectiva del fanatismo, la tortura es más bien una ayuda porque in - cita al culpable a confesar sus faltas, todas sus faltas, lo que es - el comienzo de la redención y el regreso al camino recto. La tortura, y todas las formas del Terror. Es preciso acudir en ayuda de la debi- lidad humana. Nos encontramos aquí con la justificación extrema del - Terror, que es de orden religioso; el Terror es la ultima ratio, el - supremo medio de conversión. La mayor prueba de amor.

### El proceso Mindszenty

Estoy muy lejos de pensar que el Cardenal Mindszenty fuese un ad- versario decidido de la "República popular", pero no es inverosímil a priori que él haya tratado, en territorio húngaro o en el extranjero, de coaligar las fuerzas susceptibles de derribar a un régimen que de- bía causarle horror. No es más inverosímil a priori que no haya inte- tado nada parecido, y que los dueños del poder en Hungría hayan perseguido en él a un adversario, particularmente molesto por razón de su influencia y de su relevante personalidad. Pero para no servirnos de - argumentos demasiado fáciles, quiero admitir que el Cardenal Mindszen- ty había tratado de derribar la República popular, y aún intrigado -

en el extranjero para conseguirlo. Después de todo, de ser cierto, no había hecho otra cosa que la que los comunistas hacen en las Repúblicas no populares, cuando entablan contra las instituciones de esas Repúblicas una lucha revolucionaria en unión de comunistas extranjeros, y obedeciendo a un plan de acción internacional. Quiero admitir que el Cardenal Mindszenty había conspirado. En fin de cuentas, un Cardenal que conspira no es nada nuevo. Ha existido el Cardenal de Retz, por ejemplo. Pero el Cardenal de Retz vivió en tiempos bárbaros y no ha escrito precisamente, a continuación interrogatorio policiaco, confesiones de noventa páginas para cubrirse el mismo de todas las infamias, desacreditar la causa a la que servía; darle la razón a sus jueces y el acabose a sus vergügos. El Cardenal de Retz — únicamente ha escrito muy pacíficamente sus Memorias.

Ahora bien, son precisamente las confesiones, las confesiones complacientes e interminables del Cardenal Mindszenty las que me parecen — mas interesantes; mas interesantes que su detención — hemos conocido otras —, mas interesantes que su condena — hemos conocido otras — .

Lá se. Hemos conocido otras confesiones. Nada puede asombrarnos en materia de confesiones. Los acusados de esos procesos de Moscú, — que se han convertido en los modelos clásicos del género, revolcándose en el lodo de las infamias de que se les acusaban con una delectación furiosa. Entre el acusador y los acusados existía una prodigiosa

emulación: "Usted ha trsicionado por pura perversidad. -Más que ese, se  
ñor Fiscal, por crápula, se magagaba. -Usted era cómplice del enemigo  
fascista. -Vendido, señor Fiscal, vendido sería la verdadera expresión.  
-Usted ha dejado enmohecer voluntariamente sus máquinas para perjudi-  
dar al plan quinquenal. -¿Dejado enmohecer? Yo las regaba para que se  
enmoheciesen. -Usted ha puesto clavos en la mnteca para perforar los  
intestinos de los trabajadores. -Sí, señor Fiscal, pero era la leche -  
para los niños la que me interesaba, envenenaba la leche para los pe-  
guños. -Usted será fusilado. -No es suficiente, señor Fiscal. Yo me-  
rezco ser quemado a fuego lento, ser pasto viviente de hormigas rojas.  
Jamás, jamás sufriré bastante para expiar los crímenes abominables que  
he cometido con el fin de perjudicar a la gran Unión Soviética y a su  
admirable jefe".

Cuando el Cardenal Mindasenty nos dice que ha sido siempre nazi, -  
que antes de trabajar encarnizadamente para derribar la República popu-  
lar ha ayudado con todas sus fuerzas a los alemanes para esclavizar a  
 Hungría; que ha sido, en su día, agente de la Gestapo antes de ser agen-  
te del servicio secreto americano; que ha especulado con divisas; que  
no es solo un enemigo político sino un traidor; que no es solo un traidor  
sino un mercachifle de baja estofa, un bribón y un canalla; que -  
por tanto no se merece solamente una bala en la nuca, final suamente  
honroso, sino hundirse bajo los salivares de la abyección, sino un dog

precio público, susceptible, naturalmente, de recaer sobre toda la Iglesia romana, culpable de elevar a las más altas dignidades a semejantes personajes y sobre la fé católica servida por una Iglesia hasta ese punto deshonrada; entonces debemos pensar que la confesión del Cardenal Mindszenty, como la de los compañeros de Lenin en los procesos de Moscú, tienden no solamente a justificar la condena, por dura que pueda ser, sino a cubrir de infamia al culpable, a hacer resplandecer la gloria del régimen y a servir políticamente a ese régimen. Primeramente estableciendo que no castiga delitos de opinión sino crímenes verdaderos; segundo haciendo pensar que todos los adversarios de éste régimen pertenecen a la categoría de los Untermensch (1) - como dicen los nazis - entre los que no cabe esperar una actitud anticomunista de interesada y honrada; que no se puede ser anticomunista y honrado al mismo tiempo. Hay mucha semejanza entre los procesos de Moscú y Budapest, en cuanto a la significación de las confesiones y en cuanto a lo que se espera de esas confesiones los que las consiguen. Por consiguiente si el análisis que Koestler ha hecho del mecanismo de esas confesiones, en El Cero y el Infinito, es satisfactorio para el proceso de Moscú, debería poderse aplicar también para el del Cardenal Mindszenty. Ahora bien, basta un minuto de reflexión para advertir que eso no es posible. Esta vez las sutilezas psicológicas del análisis de Koestler están fuera de lugar.

(1). Infrahombres

## Koestler

El héroe de Koestler es obligado a confesar, no solo por la violencia de medios propiamente policíacos que deslitan su cuerpo y destruyen su voluntad, sino también por el encauzamiento de su propia reflexión, por el examen de conciencia al cual se dedica en las horas de descanso que a veces se le concede entre los interrogatorios. Ciertamente que es la tortura -la tortura de la fatiga- la que le conduce poco a poco a la confesión de crímenes que no ha cometido, como la única liberación que pueda esperar desde ese momento. Por tanto, la inutilidad de la defensa, la certidumbre de que, inocente o culpable, confesando o negando, no saldrá vivo, la tentación, conocida por todos los que han pasado por manos de la policía, de reconocer todo, de firmar todo, de ceder en todo -porque hay un momento en que el delirio de ser presa de lo absurdo, en que la voluntad de vivir, cede a la necesidad de lograr la paz, a la necesidad de dormir- todo esto no bastaría para quebrantar su resistencia. Pero el héroe de Koestler es marxista; ha sido uno de los grandes insurgentes de octubre; uno de los mejores lugartenientes de Lenin. Si ha llegado a convertirse en adversario del régimen, es solamente porque cree que el régimen se ha separado del camino recto. Por inquietantes que le parecieran los sucesos de Lenin, no por eso deja de tener en sus manos el depósito sagrado de la esperanza humana; y el mundo capitalista está al acecho, dispuesto a aprovechar-

se de las menores figuras en el bloque revolucionario para lanzar a  
contraofensiva. "La guerra amenaza". Si el gobierno soviético se de-  
rumba bajo el empuje de los ejércitos capitalistas, o fascistas, no  
es la verdadera Revolución la que triunfará en Rusia, es la reacción.  
Criticar al gobierno soviético delante de extranjeros, es dar al ex-  
tranjero armas contra la U.R.S.S.". Criticarlo delante de los rusos es  
debilitar la cohesión interna que la U.R.S.S. necesita frente al extren-  
jero. De esta manera, creyendo servir a la Revolución contra los que  
la usurpan en su provecho y la desvían de sus fines, yo puedo, en rea-  
lidad, servir a la reacción. Yo puedo ser objetivamente un traidor. Ob-  
jetivamente, no subjetivamente. Mis intenciones eran buenas. Pero yo  
soy marxista. ¿Debe conceder semejante importancia a mi subjetividad, a  
mis intenciones, a mi persona?. ¿Se me exige que confiese que he traici-  
onado con voluntad de traicionar y que reconozca actos de traición -  
que son falsos?. Se me pide porque es útil, porque es preciso que mi  
proceso sea limpio, porque no debe dejar ninguna duda en el espíritu  
de los que mediana defenderán, con las armas en la mano, la patria de  
la Revolución. Es posible que tengan razón al exigirmele; y yo, sin du-  
da, no tengo razón al negarme a confesar; puesto que yo puede ser, en  
efecto, un traidor objetivo, si no subjetivo. Puesto que yo he perjudi-  
cado a la Revolución sin darme cuenta, ¿por qué no decir que he querido ha-  
cerlo?. ¿Voy a dejarme arrastrar por el inútil miedo de quedar deshon-

rada?. ¿Qué he hecho yo del honor burgués, del honor vinculado a la persona?. El honor del revolucionario es el de servir a la Revolución. Yo debo dar a la Revolución mi honor, cogo yo le daré mi vida. Cualesquiera que sean los errores, cualesquiera que sean los crímenes del régimen, el destino de la Revolución está unido actualmente a ellos. Puesto que mi condenación es cierta, por lo menos que sirva a la Revolución. Que al menos confirme en su fé a los ciudadanos soviéticos — con la idea de un veredicto justo que castiga a un hombre despreciable, en lugar de debilitarles en su fé con la idea de un veredicto discutible, que castigaría a un contradictor sincero. Es tan cierto — que yo no sea culpable es tan cierto que, aun inocente, mi deber de revolucionario no sea el de confesar, con el fin de que la Revolución me condene legalmente?. Yo confesaré. Confieso”.

### El Cardenal Roubachov

Si, esta combinación de la “presión física”, de la fatiga, de la desesperación, de la obsesión esclava, de la culpabilidad, de la formación dialéctica y del escrúpulo revolucionario puede, en rigor, explicar las confesiones de Roubachov. Pero el Cardenal Mindszenty no es Roubachov. El Cardenal Mindszenty ha podido sufrir la “presión física” y la fatiga. Es difícil creer que haya podido desesperar de una manera absoluta puesto que es católico. O crear que haya podido preguntarse —

sobre su grado de culpabilidad respecto a la República popular, puesto que era un decidido adversario de la misma. Es bastante improbable que se haya dejado seducir por la promesa de cierta indulgencia de sus jueces, puesto que su actitud, hasta el momento de la detención, había sido la de un hombre que va espontáneamente a encontrar la condena por una resistencia intrépida al poder, por una intransigencia deliberada, podría decirse, por el desafío, por la provocación de los primeros cristianos y por la solicitud voluntaria del martirio. ¿Va a pretenderse que al haber consentido en humillarse ante el tribunal, en proporcionar los mejores argumentos a sus perseguidores, en dar a sus jueces comunistas el prestigio de la razón y el descrédito sobre su propia causa, es porque se le ha asegurado que ese sacrificio de su honor permitiría una reconciliación entre la República popular y la Iglesia, el establecimiento de un modus vivendi aceptable entre un régimen comunista resuelto a la tolerancia y los católicos húngaros? Es absolutamente imposible creer que el Cardenal Mindszenty, añejado, debilitado en su entendimiento, consumido en su voluntad por decenas de horas de interrogatorio haya podido creer en semejantes tonterías. No se trata de un bobo. En cuanto a la clave principal que Ko stler nos propone para las confesiones de Moscú, no puede ser de ninguna utilidad para las de Budapest. El Cardenal Mindszenty no ha podido sentir el deseo de fortificar contra la mala conciencia y -

la duda a la patria de la Revolución expuesta a los ataques capitalistas aceptando para el mismo una vergüenza que recaería sobre toda su Iglesia. El Cardenal Mindszenty no tenía ningún motivo para hacer parecer que se le juzgaba legalmente después de haber tratado de provocar precisamente la injusticia de sus verdugos. El Cardenal Mindszenty no tenía ninguna razón para proporcionar a los negadores de su Dios, - a los perseguidores de su fe las imágenes, fácilmente utilizables, de mal sacerdote enemigo de su Patria -puesto que colaboraba con agentes extranjeros-, de enemigo del pueblo -porque se oponía a la reforma agraria-, cobarde -puesto que suplicaba a los americanos que le facilitasen los medios de huir, y corrompido -puesto que se hacía cómplice de los traficantes del mercado negro-. El revolucionario puede borrar su propia persona ante la Razón de Estado revolucionaria. No el grandignatario católico. Aún en el caso de que el Cardenal Mindszenty hubiese sido culpable de toda clase de indignidades, no podía creer que no el pábulo de esas indignidades a la acción antirreligiosa de sus adversarios. Sus confesiones no han venido ni pueden tener otra explicación que la de un forzamiento absoluto.

### Se confiesa demasiado

Esto es tan evidente que llega uno a preguntarse como los responsables, los directores de escena, no han pensado en lo que esto signifi-

ca. ¿Porqué no han tomado ni la más pequeña precaución para hacer plausible, aceptable, una evolución de los sentimientos susceptible de conducir al primado de Hungría y a los con él acusados a este aplastamiento público?. Porque confiesan todos y todo. Se han roto las articulaciones de los títeres de Truman y estos yacen dislocados sobre el estrado del tribunal. ¿Pero que medanos alumnos de Vychinski y de Beria no han sido precisos, a la cabeza de la organización de ese sorprendente banquete de vergüenza, para no comprender que precisamente todo y todos era una poco excesivo?. ¿Que se creerian?. ¿Qué era el golpe de gracia?. ¿Qué por embotado que uno esté, aun en el Oeste, se experimentarí un malestar al ver que todo marchaba sobre ruedas?. El pintor más torpe conoce el valor de la oposición de los colores, el papel del toque contrastado que los hace resaltar. Para dar en rigor aceptable la impresión de que toda la Iglesia de Hungría estaba abrumada por la enormidad de sus crímenes, chapoteaba en su propio asco, escupía ante sus juegos su infamia, como el malhechor acorralado acaba por decir "está bien. Estoy decidido, hablaré", cómo esos señores de la policía política de la República popular no han comprendido que era preciso, en medio de esta liquofacción, un pequeño peñón irreductible; un hombre - uno solo, que con valor indomable hubiese hecho resaltar la cobardía de todos los demás, un hombre, uno sólo que hubiese gritado hasta el final: "No, yo no soy traidor a Hungría, yo solamente he combatido con

régimen contra el cual la sublevación es un deber. No, yo no soy traficante, ni un espía ni un cobarde. No habeis tenido razón conmigo. Simplemente no teneis razón. No cederé, no me doblegaré, no confesaré. Yo declaro que el proceso que me seguís es un proceso abyecto, y lo declararé hasta la muerte a la que no tengo miedo". He aquí lo que se necesitaba, señores de la policía política. Necesitabais un rebelde. Uno sólo. Un rebelde de nada. Un rebelde que hubiera podido hacer comprender la sorprendente sumisión de los demás, puesto que su sola existencia hubiese hecho parecer que se tenía el derecho de decir, ante el tribunal lo que se quisiera decir, de ser lo que se quisiera ser. No se ha tenido el valor de tolerar a ese pequeño rebelde. ¿Es qué se ha llevado el desprecio a la opinión hasta el punto en que ese desprecio parece torpeza?. ¿Es porque no se ha previsto, en la burocracia totalitaria, nada, ni aún una pequeña droga administrada por inyección, para sostener en las prisiones la voluntad de vivir y de morir, último extremo de la libertad humana?. ¿Es porque basta un pequeño rebelde para hacer temblar a todo el Orden sobre su base?. ¿Es porque esos señores de la policía política son también imbéciles?.

En interés mismo de la Revolución hubiese convenido juzgar al que ordenó al proceso de Budapest, por este exceso de celo que equivale objetivamente a un sabotaje contrarrevolucionario. El tuvo la mano demasiado pesada. No comprendió que necesitaba impedir que alguno con

fesará a todo precio, de pagar a alguien para impedirle confesar, torturar a alguien para impedirle confesar. Ha olvidado en su cuadro el pequeño toque de valor y de libertad, que hubiese hecho admitir que el resto era también verdad. Ha olvidado al pequeño rebelde. Puede ser que confesase que lo había olvidado por orden de Truman, porque estaba pagado por el capitalismo americano, y quería desacreditar a la justicia popular haciendo suponer que la defensa de los acusados no es libre. Es posible que confesará....¿Qué no confesaría?

Se que podría defenderse nuestro Inquisidor de Budapest -si por unas especiales de la eminente dignidad del policía político se le permitía no declararse culpable, archiculpable o culpabilísimo-. Sé perfectamente que hay en la presentación escénica del proceso, tal como está reglamentada, un pequeño detalle, un maravilloso pequeño detalle destinado a autenticar las confesiones. Sé perfectamente que existe el dato definitivo. El golpe de los calzoncillos.

Entre los argumentos de la acusación contra el Cardenal Mindszenty -como no habreis olvidado- estaba éste: si el Cardenal Mindszenty ha sido detenido, todo el que fué nazi con los alemanes, cuando los alemanes eran los dueños de Hungría, no es como se ha hecho creer porque así combatía a la dominación alemana; es porque se dedicaba con el Arzobispo al comercio clandestino de prendas interiores masculinas -

-masculinas solamente; la policía política tiene su delicadeza-. E  
sumen, para aumentar sus propios ingresos, o des de la Iglesia -no  
ha puntualizado- el Cardenal Mindszenty se dedicaba a la camisería a  
por mayor, al margen de las leyes. Ahora bien, el Cardenal Mindszenty  
ha confesado ante el tribunal todo. Todo: las intrigas con el espiona-  
je americano, el proyecto de evasión con la ayuda de la Embajada ameri-  
cana, la conspiración para la lucha armada contra la República, el mer-  
cado negro de divisas en el Arzobispado. Todo. Todo. Todo salvo lo de -  
los calzoncillos. Toda la arrogancia, toda la resolución intratable de  
vercingetorix ante César, de los mártires del anfiteatro ante los lee-  
nos furiosos, de Juana de Arco ante Cochón, de todos los ajusticiados  
ante todos los verdugos de la historia, de todos los oprimidos ante to-  
dos los tiranos, de todos los condenados ante la sentencia de muerte -  
justa o injusta, toda esa fuerza irreductible, terrestre o divina, que  
ha sostenido en el transcurso de las edades a los nombres capaces de -  
dar su vida por las buenas o las malas causas, de declarar la fé ante  
el que quiere hacerle abjurar, la libertad ante el que quiere quitársela,  
la dignidad humana ante el que quiere doblegarla, se había refugia-  
do en el proceso de Budapest en el último reducto de su resistencia su-  
prema para rechazar toda connivencia con la cuadrilla de la camisería.  
"Todo lo que queráis. Todo menos eso. Nada de calzoncillos". De manera  
que esos señores de la policía política han podido volverse, triunfal-

mente, hacia el mundo espectador de ésto proceso admirable, y decimos "Mirad, mirad la prueba de que las confesiones del acusado eran libres, auténticas, inmutables. Ha pedido negar lo de los calzoncillos" Sin ninguna duda yo tomo un partido. La historia de los calzoncillos no es suficiente para convencernos.

El acusado parecía gozar de buena salud, se se dirá. Luego usted no puede alegar la tortura. Pero aún suponiendo que las confesiones hayan sido conseguidas a la fuerza por fatiga -nadie puede resistir más allá de ciertos límites la privación del sueño- nada puede impedirle volver se atrás de esas confesiones ante el tribunal, declarar, al menos una vez, que no aceptaba ni su propia culpabilidad, ni el juicio, ni los jueces. ¿Qué arriesgaría más que la muerte si la arriesgaba de todas formas? Se comprende que estamos aquí ante el misterio, un misterio -muy impenetrable que el de los procesos de Moscú, para los cuales la hipótesis de Kestler era aceptable a medias. No sabemos como se ha procedido para lograr que el intratable Cardinal Mindszenty, el abanderado de la resistencia católica frente al marxismo húngaro, no fuese ante el tribunal mas que ese anciano obsequioso, cómplice de la mancha que tendía a su propio envejecimiento. Uno puede imaginar aquí todo lo que quiera: amenazas contra terceros, contra sus allegados o el empleo de drogas que aniquilan la voluntad. La explicación no tendría, de todas maneras, mas que un valor anecdótico. Lo importante del asun-

to no es el cómo, sino el por qué. Lo importante es que a partir de ese momento, el hombre que entra con la frente alta en los subterráneos de la represión totalitaria con la idea de que podrá librar su último combate en el gran día de la audiencia, no reaparecerá mas que con la frente humillada, para dar a sus jueces-verdugos y a los jefes políticos que los emplean la alegría de su derrumbamiento moral y de su definitiva abdicación. Lo importante es que, por efecto de una técnica, todavía secreta, de rebajamiento del hombre, no hay ya en el mundo que se abre ante nosotros, honor para los vencidos. Por primera vez en la historia, los dueños de la sociedad ofrecen espectacularmente a la multitud, no solamente la destrucción física de sus adversarios impotentes, sino su degradación moral, su renunciación al objetivo mismo de su lucha.

¡Qué humanos eran los Césares que permitían a los cristianos condenados al suplicio proclamar victoriosamente su fé bajo el hacha, el hierro al rojo o las fauces de las fieras! ¡Qué humanos eran los atormentadores de los siglos bárbaros que utilizaban la tortura para arrancar a los criminales el nombre de sus cómplices, no el arrepentimiento! ¡Qué humanos eran los ejecutores del Santo Oficio, los Jueces del Tribunal Revolucionario que permitían a los aristócratas llevar hasta el pie del patíbulo su protesta o su insolencia! ¡Qué humanos eran, ayer todavía, los jueces de ese tribunal de Nurenberg -tan

terriblemente impugnables, sin embargo, en su principio y en su procedimiento- que no impedían reírse a los acusados, elevar la frente y declararse no culpables!. Hemos aquí ante una nueva especie de jueces cuya función no es únicamente la de castigar, la de proscribir e matar, sino hacer de sus víctimas, por procedimientos de una eficacia aterradora, testigos de la gloria de los verdugos, imágenes de la sujeción y del miedo, de conducirles a ese arrepentimiento sórdido y a esa humillación cobarde que nos deja como pasmados por la debilidad humana. Llevando en sus manos un arma desconocida, el juez de los tiempos nuevos se aproxima al que ya está dominado para cuchichearles "Abjura, Abjura, Abjura", y obtiene la abjuración. Nosostros hemos abandonado después de muchos siglos el universo en el que quedaba al hombre el sublime recurso de afirmar a costa de su destrucción física algo de lo que en él existía de inefable e inquebrantable. Los que pretendan combatir a las nuevas tiranías, deben saber que al final de su camino, si son vencidos, la muerte que les espera es una muerte en vuelta en lodo, sin gloria y sin nobleza. He aquí el crepúsculo de los héroes.

### El sentido de un proceso

Tal es el sentido más profundo del proceso de Budapest. Debemos saber que el herejismo está, desde éste momento, reservado a los vence

dores —una especie de recompensa oficial, como el diploma de la vaca premiada en una exposición ganadera o como la fotografía en el periódico del obrero estajanovista— y a la que los vencidos ya no tienen derecho. Las confesiones de Moscú, las confesiones del Cardenal Mindszenty son, desde luego, un elemento de propaganda para uso de espíritus sencillos. Se trata de fortificar la justicia de las democracias populares contra la desconfianza general de que ésta justicia se sabe rodeada. La prueba de que las personas a las que se condena son culpables, es que ellas confiesan serio. Por encima de ésta primera razón hay — otras: para que la democracia popular sea indiscutible, para que no pueda ser objeto de la menor duda en cuanto a sus métodos y a sus fines, es preciso que todos los buenos sentimientos estén de su lado, que no se pueda ser su adversario por motivos honorables, que todos los que luchan contra ella sean unos miserables y que por comodidad lo proclamen ellos mismos. Es el maniqueísmo revolucionario. Pero más allá de — ésta segunda razón, hay una tercera, a la cual los organizadores políticos de los procesos revolucionarios no obedecen, acaso, de una manera consciente. Es preciso que el mito revolucionario sea elevado sobre un altar rodeado de rayos todopoderosos. Es preciso que sea objeto de una veneración terrorífica, y que por ello los sacrílegos que atentan contra él aparezcan en público despojados de su orgullo profanador, quebrantados en esa voluntad misma que ha osado desafiar al Dios, dios—

sioneros de su libertad y envilecidos en su calidad humana. Es preciso que la esperanza de la muerte heroica, de la muerte ejemplar y del martirio sea arrebatada sin apelación a los adversarios de la Revolución. He aquí la advertencia que les hace la Religión victoriosa: "Vosotros que pretendéis dirigiros contra mí no especuleis con vuestra muerte. Yo sabré deshonrarla".

Hemos aquí, pues, ante el espectáculo de un hombre que parece haber buscado deliberadamente el martirio, y a quien la propia libertad del martirio ha sido negada. Nada nos permite creer que el Cardenal Mindszenty haya sido un alma débil, un hombre fácil de intimidar y dispuesto de antemano a la abdicación. Ninguno de los espectadores de su sorprendente derrota está en el derecho de osar pretender que en su lugar se hubiese comportado mejor que él. Ello nos obliga a adoptar una postura. La tiranía que avanza dispone de medios de destruir en nosotros hasta la facultad de poder decirle: no. Ninguno de los que la combaten puede estar seguro de que no se encontrará algún día ante un tribunal parecido al de Budapest y obligado a la capitulación suprema. El riesgo del último envilecimiento acompaña desde ahora al riesgo de la muerte, y es necesario asumírselos juntos. Todo lo que podemos hacer es tomar de entenasé la precaución irrisoria que el Cardenal Mindszenty había adoptado, y que él tuvo públicamente que "lamentar", prevenirnos contra la debilidad de un cuerpo vulnerable y de una voluntad que no -

es invencible y afirmar mientras sea tiempo: "Si algún día se me oye decir ante un tribunal de la democracia popular que frecuentaba las ventanillas de los bancos americanos, que abjuro de mis errores y que me arrepiento, deberá considerarse mi confesión como falsa, mi abjuración y mi arrepentimiento como la fantasía de un autómatas irresponsable. El que comparezca ante el tribunal no tendrá ninguna relación con el que yo soy ahora y niego de antemano las confesiones que pueda hacer". Pues nadie puede afirmar que no llegará a debilitarse nunca. Nadie puede estar seguro de ser Antígona; y, desde hoy, ya no es suficiente ni ser Antígona.... pues si la propia Antígona compareciese ahora ante un tribunal de la democracia popular, diría sin dudas: "Yo estaba vendida".

No sabemos, no podemos saber en qué momento exacto de las semanas de prisión que precedieron al proceso público, o de los interrogatorios policíacos, murió el Cardenal Mindszenty. Recojámosnos, con el respeto debido frente al despojo viviente que ha comparecido ante los jueces y en el que se había extinguido el frágil destello de la caridad humana; el destello que permite al hombre disponer de sí mismo. Recojámosnos frente a ese cadáver, el cadáver de la conciencia aplastada. Ese anciano dócil como un escolar temeroso, que pronuncia palabras de sumisión con una voz que no es la suya, nos envía desde el fondo mismo de su miseria sin gloria y del ocaso al que se le ha condenado, una

advertencia más impresionant~~e~~, de la que hubiera podido conseguirse -  
con el discurso más elocuente. Es ~~el~~ testimonio de lo que el hombre -  
puede hoy hacer hoy con el hombre.